

Enamoradas de la Filosofía

Lo recuerdo con todas mis ganas. Lo recuerdo todos los días de mi existencia. ¿Cómo algo tan pequeño se puede convertir en un pedacito de tu vida? Y es esa pequeña cuestión que no sabemos responder, pero a la que a su vez queremos encontrar una respuesta. He aquí la solución: el Amor.

Tomaba un respiro mientras esperaba sentado a que ese bendito tren llegase a su próxima parada. Era mi último día de trabajo, antes de irme a servir a mi país, a luchar en defensa de este y conseguir la paz de una vez por todas.

No sabía qué pensar. Si sería la última vez que la vería o me esperaría a pesar de todo el tiempo que estaríamos distanciados; no sólo de ella, ahora también de nuestro futuro bebé. Me supone un duro esfuerzo el tener que separarme de la familia que estoy formando, pero por la situación que estamos viviendo es necesario defender un derecho tan importante como la paz.

Creo que la distancia es dura, muy dura, pero cuando dos personas se quieren de verdad y quieren estar juntas, la distancia no es un problema. No poder ver nacer a mi hija ni acompañar a mi mujer en ese momento tan especial, me hacía sentir una gran tristeza. Antes de marcharme prometí que cuando volviere haríamos ese viaje que tanto deseábamos los tres juntos. Mientras tanto defenderé con honor a mi patria e intentaré aprovechar el tiempo lo mejor posible y hacer buenas amistades.

Cuando llegó ese bendito tren sentí mucha tristeza, se paró el tren y me despedí del amor de mi vida con lágrimas, pensando que podría ser el último día en el que la viera. Al saber que no podía ver a mi hija durante mucho tiempo o jamás esto supuso un dolor inmenso en mi corazón. Dentro del tren había personas cabizbajas por separarse de sus familias, yo intentaba consolar a algunas personas a pesar de mi dolor. Cuando se paró el tren empezamos a salir todo el mundo, había un hombre con uniforme diciéndonos que nos subiéramos al autobús, este nos llevó a unos barracones donde tendríamos que dormir y descansar.

Al principio, los días eran largos y tristes ya que añoraba mucho a mi familia, pero a medida que pasaba el tiempo, conocí a gente que compartían las mismas preocupaciones que a mí me invadían y esa fue la medicina que me hizo más llevadero el tiempo que permanecí alejado de mi pequeño tesoro. Sé que iba a ser muy duro, pero lo superaría, todos esos días sin dormir metido en una trinchera pensando día y noche en mi pequeño tesoro, también en mi preciada mujer, sin dormir, pasando mucho frío y pensando que en cualquier momento no podría verlos más, eso era lo más duro para mí, que en una milésima de segundo se fuera mi vida al garete a pesar de la gran familia que estaba formando y lo bonito que era la vida, estaba haciendo un gran sacrificio solo para defender mi patria y a mi país, para llegar al camino de la paz

Hoy hace dos meses desde que subí a ese tren, al principio fue bastante difícil pero poco a poco me he dado cuenta de que no era tan malo como había imaginado y con el tiempo he hecho algunos amigos, pero quien destaca por encima del resto es Carlos, en un primer momento no lo soportaba, desprendía aires de superioridad y, sinceramente, parecía gilipollas. Pero el pasar de

los días ha hecho que entienda que somos más parecidos de lo que me gustaría admitir. Hemos empezado a pasar más tiempo a solas por el simple motivo de que nos han puesto juntos en la misma habitación, es extraño, delante de los demás es engreído e inaguantable, pero cuando estamos a solas es, podría describirse quizás como ¿dulce? ¿amable? ¿comprensivo? ¿con una mirada con la que parece leerme hasta lo más profundo? Mientras más tiempo paso con él menos pienso en mi mujer, me hace sentirme raro porque, ¿por qué no la echo de menos? supongo que es porque hace que mi cabeza esté ocupada, pero últimamente está bastante raro, más de lo usual, espero que no se sienta culpable por lo que pasó en el cuarto la otra noche. Le dejé claro que no estuvo mal, pero él seguía insistiendo en que está arrepentido, ¿de qué sirve arrepentirse ahora? si fue él quien dio el primer paso ¿por qué me confunde de esta forma? ¿y por qué me molesta tanto? Supongo que tendremos que hablar de esto, antes o después tendrá que dejar de evitarme.

Son las 2:36 de la noche y no puedo pegar ojo pensando en todo el daño que le he podido causar a mi mujer, ella aún no sabe nada. Estoy pensando en la hija que se está formando en ella, pero no hay vuelta atrás a lo que pasó la otra noche con Carlos. He llegado a tomar una decisión con él, dejar un poco más de distancia entre nosotros unos días para poder dar el paso y contárselo a mi mujer.

Pasados tres días llamé a mi mujer, le conté todo lo que ha pasado con este chico y demás. Al llamarla ella me respondió con enfado, furiosa y cabreada; me dijo que la había dejado sola con nuestra hija. Esa no era mi intención. Al acabar la conversación con ella pensé que la volvería a llamar dentro de un tiempo. Volví con Carlos y me dijo que quería que yo compartiera la experiencia de tener un bebé con él, entonces decidimos hablar con los servicios sociales para poder adoptar. Con el paso de los meses adoptamos a una niña africana, en esos mismos instantes mi exmujer estaba a punto de dar a luz, y yo tendría entonces dos niños a mi cargo.

Semanas después, volví a llamar a mi exmujer, para saber algo más de nuestra hija y contarle que la guerra había terminado. Ella no quiso responder a mi llamada porque estaba muy enfadada por lo que le confesé, así que, decidí ponerme en contacto con sus padres para saber algo más. Varios días después, ellos me dijeron que ella estaba bien, que el bebé ya había nacido, era una niña y se parecía mucho a mí. Colgué con lágrimas en los ojos de la emoción y la rabia que tenía de no haber podido estar allí y en especial de lo que pasó con Carlos, pero no podía engañarme a mí mismo y tenía que seguir a mis sentimientos, ellos me decían que siguiera con la idea de adoptar a la niña africana con Carlos, ya que nosotros dos estamos muy bien.

Pasado un tiempo la adoptamos, después de un largo camino averiguando todos los trámites, pero al final lo conseguimos. Seguidamente Carlos y yo, fuimos a ver a la niña, era muy pequeña, de 2 añitos y morena. Nadia, así se llamaría nuestra niña. Nos la llevamos con nosotros y fueron unos primeros días muy felices, estábamos siempre juntos y disfrutando mucho de ella. Pero, aun así, no estaba tranquilo, tenía que llamar de nuevo a mi exmujer para saber más sobre mi otra hija. Después de varias veces intentando obtener respuesta por parte de mi exmujer, no lo conseguía. La llamé una y mil veces, pero no conseguí saber nada ni de ella, ni del bebé. Así que decidí viajar a mi país de origen para encontrarme con ella y conocer a ese bebé que teníamos en común. Mientras tanto, Carlos se haría cargo de Nadia, la hija a la que adoptamos.

Aunque en un principio él no veía bien la idea de viajar a mi país para ver a mi exmujer, yo le expliqué el motivo, y que lo deseaba fuertemente; por lo tanto, hice las maletas y me puse en camino para emprender mi viaje. Una vez llegué a mi país de origen, llegué a casa y me llevé una pequeña sorpresa, mi exmujer y nuestra hija no estaban allí, así que le pregunté a los vecinos

dónde estaban y me dijeron que se habían marchado de casa y se habían ido a otra. Así que le pregunté a la gente del pueblo dónde se encontraba esa casa y me respondieron que se habían marchado a otro país y se habían cambiado de identidad. Se me vino el mundo encima al enterarme de semejante noticia, no quería volver sin saber nada de mi exmujer y de mi hija, no paré de preguntarle a todo el mundo. Acudí a casa de la familia de mi exmujer donde no fui bien recibido y tampoco conseguí que me dijeran nada. Pasaban los días, no podía dormir, no quería marcharme, no sabía qué hacer ni dónde buscar. Carlos no paraba de llamar, no era capaz ni de contestarle. Y no paraba de repetirme la misma pregunta: “¿Qué debía hacer, volver con Carlos y mi hija o buscar a mi exmujer y conocer a mi otra hija?”.

Era la pregunta que se repetía una y mil veces en mi cabeza, mientras más pasaba el tiempo, más pensaba si de verdad la vida que tenía me hacía feliz o era realmente la vida que tengo ahora la que realmente quiero. Me hice fuerte ante la duda y la tristeza. Levante el teléfono, cuando una vez más la llamada de Carlos invadió el vacío de esa casa, él muy enfadado me gritó y me dejó ver que estaba actuando como un crío. Yo ante todos los reproches, solo podía pensar en las dos familias que tenía y que estaba causando un daño irreparable, colgué el teléfono y dejé a Carlos con la palabra en la boca, y comencé a pensar en la decisión que iba a tomar. Pasada la noche hice un acto no muy valiente por mi parte, me fui, dejé a dos familias y embarqué en un viaje sin rumbo hacia un vacío que la duda me había creado.

Después de un día interminable de camino, llegué a mi destino, me bajé del aeropuerto y empecé mi trayecto hacia un pequeño apartamento que había visto anteriormente. Comencé a caminar por una estrecha calle que me llevó hacia el centro de la ciudad, allí de espaldas vi a una mujer con un niño pequeño. Algo en mí dio un vuelco, pensé que era la figura de mi mujer, no dudé en acercarme y efectivamente era ella. Ninguno esperábamos ese momento, tal vez fue el destino. Ella en ese instante no quería saber nada de mí, ni siquiera hablar conmigo, pero le dije que era importante ya que teníamos una hija en común. Aunque por mi cabeza también pasaba Carlos. Qué pensaría al respecto, pero yo tenía que aclarar mis sentimientos.

Al final, ella quiso hablar conmigo, nos sentamos en un banco y empezamos a hablar, al principio hablamos súper bien pero mientras más tiempo estábamos hablando, peor iba la cosa, ella empezó a echarme cosas en cara, yo me puse nervioso, hasta que pensé en todo el daño que le había hecho, y le pedí perdón varias veces, no quería perder ni a ella ni a mi hija, conseguí que ella me perdonara,, y me dejó coger a mi hija en brazos, y poder estar con ella, que es lo que yo quería desde hacía tiempo, era verdad lo que me decían, se parecía mucho a mí y eso me gustó mucho.

Miré a mi hija fijamente a los ojos, no podía expresar el sentimiento que crecía dentro de mi corazón. Ni nada ni nadie me había hecho sentir tan feliz en tan solo unos segundos. Ver la cara de admiración hacia su padre, al fin tenerla entre mis brazos, escuchar su adorable risa de felicidad... Empecé a llorar, a llorar de emoción por este momento que tanto ansiaba. De repente a mi mente llegó Carlos y nuestra otra hija, sentimientos de culpabilidad y egoísmo nublaron mi cabeza. Debo seguir con él, no podía engañarme a mí mismo. Miré a mi mujer, le dí las gracias, gracias por entenderme y por dejarme tener a una bella criatura junto a ella. Tras pasar un día junto a mi hija, decidí volver al lugar donde había dejado a Carlos y a nuestra otra hija, con esperanzas de que pudiera perdonar a un hombre tan egoísta como yo.

De camino al aeropuerto me surgían muchas dudas sobre cómo iba a responder Carlos a mi llegada. Rondaban muchas hipótesis en mi cabeza, pero en un instante se me vino un pensamiento que no podía dejar pasar. La idea era regresar antes de coger el vuelo a por mi hija. Sí, sé que el plan sonaba un poco loco, pero qué mejor oportunidad iba a tener para que mis dos hijas se

conociesen? Todo parecía muy caótico y daba un poco de miedo atreverse a semejante locura, pero la ilusión y las ganas que yo tenía de que ocurriese ese momento superaron mil veces ese pavor que me reconcomía. Después de decidirme que verdaderamente quería dar el paso, cogí un taxi para que me llevase a por mi hija. Llegué a la ciudad y volví al sitio donde me despedí de ellas, y tal y como me imaginaba seguían allí. Mi niña estaba jugueteando con unas palomas y dándoles pan de comer, mientras que su madre estaba leyendo un libro y tomándose un café en la terraza de una cafetería.

Tic tac, tic tac. El tiempo pasaba. No sabía cómo acercarme a mi exmujer para contarle lo que quería hacer ya que me esperaba su respuesta. Así que, con todo el dolor de mi alma, actué muy egoístamente y cogí a mi hija en brazos y salí corriendo. Corría y corría como si no hubiera un mañana, parecía el protagonista de Forrest Gump. Tras llegar a un punto donde era inalcanzable que llegase su madre, llamé de nuevo a un taxi para que viniese a recogerlos y nos llevara de camino al aeropuerto. Cuando llegamos, saqué los billetes y cogimos el vuelo que posiblemente cambiaría nuestras vidas.

Al bajar del avión estaba un poco desorientado y no sabía hacia dónde dirigirme. Mi niña solo gritaba tengo hambre, tengo hambre. Y me estaba poniendo un poco de los nervios la verdad. Pero me acerqué a una tiendecita y le compré un paquete de gusanitos verdes como los que le gustaban tanto a mi niña Nadia. Al acercarme al mostrador para pagar, vi un mapa de la ciudad como los típicos que dan cuando vas de visita a un museo, y por supuesto que lo compré. Al salir de la tienda nos sentamos en un banco a que mi hija se comiese los gusanitos y para que yo me ubicase un poco en dónde nos encontrábamos. Dí con la dirección de mi casa y de Carlos, y afortunadamente estábamos cerca. Cogí en brazos a mi niña Leila mientras se me caía la baba al verla comer su paquetito tan gustosamente y seguí el mapa al pie de la letra. Al llegar a casa me encontré la puerta abierta y no tuve que llamar. Cuando entramos lo hicimos sigilosamente. Me acerqué al patio y vi que Carlos estaba haciendo de comer en la barbacoa unas ricas hamburguesas, pero no veía a mi niña. No sabía dónde estaba. En ese instante pensé dar la vuelta y subir las escaleras a ver si estaba en su habitación. Al girarme me encontré a mi Nadia tirándome del pantalón para que la cogiese. Me quedé en shock, no me la esperaba tan mayor y tan guapa, había pegado un estirón desde que la vi por última vez. En milésimas de segundos de que mi cara fuese un cuadro, al quedarme sorprendido, arranqué a llorar de la emoción y me agaché para coger a mi hija. Tenía a mis dos niñas en mis brazos, llorando como si no hubiera un mañana, soltaba un río por mis ojos, pero esas lágrimas eran de la emoción e ilusión al darme cuenta que el momento con el que soñaba se estaba cumpliendo, que mis niñas de mi alma se conociesen. Al escuchar el jaleo, Carlos vino corriendo hacia el salón. Cuando me vio con nuestra hija Nadia y mi hija Leila en brazos no se lo creía, y a pesar del enfado que acarrearaba se unió al abrazo y fue un momento precioso.

Al cabo de los días empezamos a hacer vida normal, éramos una familia de 4 completamente felices. Cada día lo disfrutábamos como si fuese el último. Ahora por fin sí que era completamente feliz. A las dos semanas nos encontrábamos desayunando en la cocina, comíamos tostadas y zumo de naranja, cuando de repente llamaron al timbre, empezaron a pegar unos golpes bruscamente en el cristal de la puerta, la iban a echar abajo. Nos asustamos un poco y salí a ver quién era. Cuando abrí la puerta, me encontré a dos hombres vestidos de Guardia Civil y me sorprendí un poco. No sabía a qué se debía su presencia en mi casa, por eso mi contestación fue: Perdona, se han equivocado de vivienda. A lo que ellos me respondieron: ¿es usted Mateo García Romero? Dije que sí con voz muy tímida. Y su respuesta automáticamente fue: Han presentado una denuncia hacia usted por robar a un bebé, queda usted detenido. Mi cara fue un poema, inmediatamente me esposaron y me llevaron hacia su coche. No me dieron más detalles durante el camino. Me llevaron hasta comisaría, una vez allí me dijeron que me podía enfrentar a una condena de 27 años de cárcel por semejante delito. No me dejaron decir más nada, y después de un juicio rápido, me encarcelaron.

El primer día lo pasé fatal, no dormí nada, no entendía cómo podía haber llegado hasta esa situación. Las rutinas allí eran muy pesadas, todos los días era lo mismo. Nos levantábamos a las 5:00 h, nos duchábamos e íbamos a desayunar. Luego más tarde sobre las 7:00 trabajábamos en una especie de mina hasta las cuatro de la tarde, llegábamos de nuevo para ducharnos, cenar y dormirnos en nuestras correspondientes camas. A los 11 años de estar allí me dejaron contratar a un abogado para revisar mi condena. Él me dijo que la que presentó la denuncia fue mi exmujer, pero no me informó sobre nada más acerca de cómo estaban mis niñas y Carlos.

Después de comenzar de nuevo el proceso, consiguió rebajar mi condena a 24 años, ya solo me quedaban 13 para salir en libertad. Tras cumplir esos 13 años, logré salir de allí, no sabía hacia dónde ir y me alojé en un hostal para pasar la noche. Estuve llamando toda la noche a miembros de mi familia y conocidos hasta que me quedé sin saldo, tristemente nadie me cogía el teléfono. Me acerqué hacia la recepcionista y le pedí por favor si me dejaba realizar una llamada y ella muy amablemente me dijo que sí. Estando en la cárcel lloraba mucho porque me había perdido la infancia y adolescencia de mis hijas, y no hay mayor dolor que ese, y un compañero de celda me contó que ya seguramente mis hijas hubiesen terminado sus carreras y estuviesen trabajando.

Solo tenía una llamada a realizar, y decidí llamar al número de Carlos. No daba llamada, pero de repente entró en línea y empezó a sonar. Al ver que no cogía iba ya a colgar el teléfono, cuando de repente empezó a sonar el móvil de la recepcionista. Ella lo cogió y dijo Hola, ¿sí?. Cuando a la milésima de segundo escuché esas palabras con el mismo tono de voz por el altavoz del teléfono. Nos quedamos los dos en shock mirándonos, y ella me dijo ¿Papá?, a lo que yo le respondí ¿Nadia?. Inmediatamente nos abrazamos los dos, mientras llorábamos como magdalenas. Me susurró al oído: Nunca me olvidé de ti Papá.

1° Bachillerato B
Departamento de Filosofía
Día de los enamorados